

quanto avia dentro, y echandolo sobre vn rima de colchones, hizo entrar en él a D. Gaspar. A este punto entrò Don Pedro pidiendo a gran priessa en q̄ hazer las necesidades ordinarias, que esse desconcierto le avia buuelto a casa. En esto, y en tomar vnos bizcochos, por no averse desayunado, se entretuvo mas de hora y media, y aun creo que no saliera tan presto, sino oyera tocar a Misa. Y como salió de casa, yo con el mayor gusto del mundo, viendo que ya de aquella vez no podia la fortuna quitarme el bien de gozar de mi amante, abri el baul, mas fue en vano, porque Don Gaspar estava muerto. Viendole en fin q̄ no bullia pie, ni mano, le puse, desatétadamente, la mano sobre la boca, y asegurada de mi desventura, sintiendole salto de alientos en esto, y en verle frio, me assegurè de todo punto, q̄ estava ahogado. Entrò a este punto mi criada, que no con menos lastimas que yo, avia cerrado el baul, me sacò fuera, pidiendome ella a mi, y yo a ella, con lagrimas, y suspiros, consejo para tener modo de sacarle de alli, porq̄ en todo hallamos mil dificultades. Estando, pues, las dos fulemnicando lastimosamente, la muerte del malogrado de D. Gaspar: entrò mi cuñado D. Lujs, el qual como me hallò tan ansiada, y llorosa; empeçò apreguntarme la ocasion, la qual le dixè, fiada en el grande amor que siempre me avia tenido, aun antes de ser mu-

ger de su hermano; y assi rematada, y casi desesparada de la vida, le dixè: Señor Don Luis, a mi me ha sucedido la mayor desdicha, que a muger en el mundo ha sucedido, la qual es tan sin remedio de mi parte, que por esso me atrevo a daros quèta della. En fin le dixè quanto os he dicho, concluyendo con estas palabras: Cavallero fois, si me quereis socorrer, obligueos mi desdicha, suponièdo que es Dios testigo, por quien os juro, q̄ no he ofendido a mi marido de obra, si bien con el pensamiento no ha podido ser menos; y si fois tan cruel que no lo creeis, y se lo quereis dezir, hazed lo que quisieredes, q̄ cò vna vida que tengo pagarè, sin quedar a dever mas. Admirado D. Luis, me dixo, que me quitasse, y llamando vn hombre, hizo cargar el baul, y llevarlo en casa de vn amigo suyo, a quien diò quenta del caso. Abrieron el baul, y sacando del a D. Gaspar, le echaron sobre vna cama, y desnudaron; y tentandole el pulso, vieron que no estava muerto: acostaronle en la misma cama, y poniendole paños de vino en las narizes, y en los pulsos, y calentadores que ponian dentro de la cama; conocieron en él señales de vida. Vièdo esto, le cerraron con llave, dexandole solo; porque todo esto lo supe yo despues. Bolvio Don Gaspar en si, cerca ya de la noche, y como se hallasse en aquella casa desnudo en la cama, y conociesse que no era la en que estava la mia, acordandose, que yo

le avia puesto en el baul, empego a discurrir, buscando la verdad, mas por mas q̄ pensava hallarla, no acertava con ella. Estando en esto, sintiò abrir la puerta, y atendiendo a ver quien entrava, conociò a Don Luis, el qual suceso le diò tal susto, que fue milagro no morirle de veras, y mas quando llegando se Don Luis a èl, y sentandose sobre la cama, le dixo: Conoceisme, Señor Don Gaspar? Sabeis que soy hermano de Don Pedro, y cuñado de D. Hipolita? Si por cierto, respondió Don Gaspar. Sabeis (prosiguiò Don Luis) mi calidad, y la fuya? Acordayvos de lo que ha pasado oy? Pues os juro por esta Cruz (y diziendo esto, puso la mano en la que traia en el pecho) que el dia que supiere que bolveis a las pretensiones passadas, ò passais por su calle, he de hazer la vengança que aora dexo de hazer, por averse vna miserable, y loca muger fiado de mi, y estar enterado de que la ofensa de mi hermano no se ha executado de obra, si bien los deseos eran merecedores de castigo. Prometiò Don Gaspar obedecerle, assegurandole con mil juramètos, y agradeciendole con mil sumisiones el darle la vida, que avia estado, y estava en su mano quitarle. Y vistiendose, se fue determinado a no verme jamàs, como lo hizo, porque fue mi nombre a sus oïdos, la cosa mas aborrecible que tuvo, como sabreis en lo que falta deste discurso. Yo cuydadosa de lo que avia sucedido, sin tener atrevimiento

de preguntarle a D. Luis, que cobro avia puesto en aquel desgraciado cuerpo; viendo que èl no me dezia nada, encarguè a mi Secretaria el informarse en la posada de D. Gaspar diestramente; y que se avia hecho, y fue tan a tiempo, que le hallò passando su ropa a otra posada bien lexos de aquellas calles: por cumplir la palabra que avia dado a Don Luis. Èl qual apenas viò a Leonor, q̄ así se llama la criada secretaria de mis devaneos, quando le dixo que se fuesse con Dios, que yà bastavan mis enredos, y engaños, y sus desdichas. Y dandole quenta en breves palabras de quanto le avia passado; y la que avia dado a D. Luis, concluyò con dezir, que me dixesse, que muger tan ingrata, y traydora como yo, hiziesse quenta que en su vida le avia visto, que bien echava de ver que avia sido traça mia esta, y las demàs, para traerle al fin que pudiera tener a no dolerse el Cielo de su miseria. Y diziendo esto, se fue, dexandò a Leonor confusa; mas con todo le siguiò por saber la casa a que se passava. Con estas nuevas bolvió a mi, que el contento de la vida de Don Gaspar, se me bolvió en tristeza, viendome inocente en la culpa que me dava; y aborrecida de vn hombre que tanto queria, y por quien tantas vezes me avia visto con la muerte al ojo, y la espada a la garganta. Con estos pensamientos di en melancolizarme, poniendo a mi esposo en gran cuydado el ver-

me tan triste, y agena de todo gusto. Y viendome perseguida de Don Luis, que aviendole dado alas el saber mi flaqueza; empeçò a atreverse a dezirme su voluntad sin rebozo, pidiendo sin respecto de Dios, y de su hermano, el premio de su amor. Estas cosas me traian tan fuera de mí, que me quitaron de todo punto las fuerças, dando conmiigo en la cama de vna gravissima enfermedad, que si Dios permitiera llevarme della, huviera sido mas dichosa. Mas de vn mes me vide en la cama, con bien pocas esperanças de mi vida, mas no quiso el Cielo que la perdiesse para mas atormentarme con ella. Visitavame muy amenudo mi cuñado Don Luis; y yà con amenazas, yà con regalos, yà con caricias, procurava traerme a su voluntad. Considerad, señor D. Garcia mi confusion, que era en esta ocasion la mayor que muger tuvo; por vna parte me via despreciada de Don Gaspar, amandole por esta causa mas que hasta entonces, si bien quebradas las alas de mis desseos; porque aunque èl me quisiera, yà en mí no avia atrevimiento para ponerme en mas peligro que los passados, por otra me via armada, y solicitada de mi cuñado, y amenazada del de suerte, que me dezia, viendome abrir la boca para refrenarle, y reprehenderle; que pues avia querido a Don Gaspar, le avia de querer a èl por vna parte temerosa, cerrando los ojos a Dios; queria darle gusto, y por

otra considerava la ofensa que al Cielo, y à mi marido hazia; y de todo esto no esperaba remedio, sino con la muerte. Yà os dixè que su casa y la mia estavan juntas, que sola vna pared las dividia: pues sabreis que por vn desvan que estava junto con otro mio, tan atrasmado, que raras vezes se entrava en èl vn tabique que le dividia, abrió vna pequeña puertezilla, quanto podia entrar vna persona: y essa misma noche, despues de avernos recogidos, entrò por la parte que digo en mi casa, y como quien tambien la sabia; tomò las llaves, y abrió la puerta de la calle, seguro de qualquier impedimento, como ladron de casa, y abierta, se fue a la cavalleriza, soltò los cavallos que avia en ella, que eran seis, dos de rua, y quatro del coche; los quales empeçaron a hazer grandissimo ruido: al qual despertò el criado que cuydava dellos, y a grandes voces empeçò a pedir ayuda, para recogerlos, q andavan sueltos corriendo por la calle. Mi marido que lo oyo, se levató, y tomádo vna ropa, llamó a los demàs criados, salió a la calle, riñiendo al moço por el descuydo que avia tenido. Don Luis que desnudo en camisa estava, en parte que lo pudo ver salir, aguardò vn poco, y luego se vino a la cama, donde yo estava; fingiendo ser mi esposo, se entrò en ella, llegando-se a mí con muchos amores, y terneza. Pues como el tiempo es tan frio como veis, porque esto

me obligó a decirle: Iesus, señor, como venis tan helado? Haze mucho frio (respondió el cauteloso Don Luis) disimulando quanto pudo la voz. Recogistes los cavallos? repliqué yo: Allá andan en eso, dixo mi traydor cuñado, y diciendo esto, y cogiendome en sus braços, gozó todo quanto deseava, deshonorando a su hermano, agraviandome a mi, y ofendiendo al Cielo. Hecho esto, viendo que ya era hora de bolver su hermano, dandome a entender, que iba a ver si acabavan los criados de recoger los cavallos, se levantó sin que en mi cayesse sospecha de malicia ninguna, y se volvió a entrar en su casa por la parte que avia salido. No tardó mucho en venir Don Pedro, dexando ya quieto el alboroto de los cavallos, y recogidos los criados, y entrandose en la cama, como venia traspassado de hielo, se quiso llegar a mi; y así le dixé, reportandole algo de su deseo: Valgame Dios, señor! y que travieso que estais esta noche, que no ha vn instante que estuvistes aqui, y agora pretendéis lo mismo. Sueñas, Hipolita, respondió Don Pedro, yo he buuelto aqui desde que sali a recoger los cavallos? Respuesta fue esta, que me dexó muy confusa, como quien sabia tambien que no era sueño; y así pensando en el caso, casi, casi, sospeché la traicion, y aun me quitó el sueño pensar en ella, si bien no me atreví a replicar a Don Pedro. Amane-

ció, aun mucho más tarde de lo que mi desafiosiego permitia; y aviendome vestido, me fui a Miffa, y al entrar en la Iglesia ayer por la mañana, porque antenoché fue la tragedia de mi honra, hallé a Don Luis junto la pila del agua bendita, el qual como me vió, llegó tan galan como vñano a darme el agua: y como el contento no le cabia en el cuerpo, ò por mejor dezir, su traicion misma, disponia los instrumentos de mi vengança, al tiempo que yo cortés, y severa tomé el agua de su mano, apretandome la mia, me dixo passo, y con mucha risa: Iesus, señor! Y como venis tan helado? Con cuya palabra acabé de caer en la cuenta de todo. Volví a mi casa, despues de aver oído Miffa, con la inquietud que podeis pensar. Y encomiendado, como Don Pedro se salió fuera, no dexé passo, ni lugar en toda mi casa por escondido que fuesse, que no busqué, ventana, y puerta que no hizé prueba de ella: y como lo hallasse todo cerrado, y sin macula, sospechando que con ayuda de alguna criada mia avia hecho tal atrevimiento, subí al desvan, mas por acabar de enterarme, que por que creyese hallar en él lo que hallé, que fue la pequeña puerta, la qual no avia cerrado, quizá por venir por ellas otras vezes. Con esto ya de todo punto satisfecha, sin dezir palabra, me volví a mi aposento, pensando el modo de mi vengança, estuve hasta que mi esposo

Don D

Don Pedro vino a cenar; y como fuesse ya tarde acostòse, y yo con él aguardando con mucho sosiego la quietud de todos los criados. Viendo pues a mi esposo dormido, me levantè, y vestì; y tomando su daga; y vna luz, me subì al desvan, y entrando por la pequeña puerta, lleguè hasta el mismo aposento de Don Luis, al qual hallè dormido, no con el cuydado que su traicion pedia, sino con el descuydo que mi vengança avia menester, porque como ya avia cumplido sus deseos, dormia su apetito, sin darle cuydado; y apuntandole al coraçon, de la primera herida diò el alma, sin tener lugar de pedir a Dios misericordia: y luego tras esto, le di otras cinco puñaladas, con tanta rabia, como si con cada vna le huviera de quitar la vida. Bolvime a mi aposento, y no mirando si por esto le podia venir a mi inocente esposo algun daño, porque por vna parte mi furor, y por otra mi turbacion me tenia fuera de mi, puse la daga en la bayna sin limpiarla la sangre, ni mirar el desacierto que hazia, pues quando la justicia me prendiesse, la verdad avia de ser de mi parte; y la maldad de Don Luis. Abrì vn escritorio, y puse en vn lienço todas mis joyas, que valdrian mas de dos mil ducados; y abriendo las puertas, sin ser sentida, ni dar a ninguno quenta de mi locura, me sali de casa, y fui a la posada de Don Gaspar, que ya otras vezes me avia informado de mi criada, donde era: llamè a la puerta, la

qual me abrió vn criado, que ya sabia nuestras desdichas, como me viò, muy espantado, me dixo: que su señor no avia venido, porque estava jugando. No importa (dixeyo) que yo le aguardarè: y así lo hize, sabe Dios que fue con harto temor. Vino al fin D. Gaspar, y como entrando, me viesse, haziendose mil cruces; con vna colera increíble, me dixo: Que libertad es esta, señora Doña Hipolita? Què buscáis en mi casa? No bastan los trabajos que me costais, y los peligros en que me aveis puesto, y el mas cruel, y de mayor afrenta, el vltimo en que estuve, pues con intèto traydor, y cruel, me embiasteis a llamar para ponerme en poder de vuestro cuñado, y amante? Aviale yo dado quenta al ingrato, de como Don Luis me queria, y por esta causa sospechò tal ingratitud de mi: y así porque no passasse adelante en su dañada intencion, con vn mar de lagrimas, y le dixeyo: Ay, D. Gaspar, señor mio, y que diferente es todo lo que imaginas de lo que es, porque entregaros a mi cuñado, bien veo que fue desconcierto de mi turbacion: mas que podia hazer vna muger que se via con vn hombre muerto, que tal creí que estavais, y aguardando a su marido? Bien parece que no sabeis lo que passa. A Don Luis dexoy muerto por mis propias manos, para lavar con su sangre la mancha de mi afrenta, la qual intentò, y consiguió como amante desesperado: mi casa puesta en el peligro, que se dirà

mañana, y yo no fuera del. Lo que importa es, que al punto me saques de Valladolid, y me lleves a Lisboa, que joyas traygo para todo. A traydora liviana (dixo Don Gaspar) agora confirmo mi pensamiento, que fue entregarme a tu galan, para que me diese la muerte, cansada de mi firme amor, enfadada de mis importunaciones; y otra que te has hartado del, qual otra Lamia lasciva, y adultera Flora, cruel, y desleal Pandora, le has quitado la vida, y quieres que yo tambien acabe por tu causa? pues agora veràs, que como huvo amor, avrà aborrecimiento, y como tuviste mal trato, avrà castigo. Y diciendo esto, me desnudò hasta dexarme en camisa, y con la pretina me puso como veis. (Diziendo esto la hermosa dama mostrò a Don Garcia la mas honesta, y recatadamente que pudo, los cardenales de su cuerpo; que todos, ò los mas estavan para verter sangre) sin ser bastante su criado, para que dexasse su crueldad, hasta que ya de atormentada caí en el suelo, tragandome mis propios gemidos, por no ser descubierta; y viendome el traydor asì, abrió la puerta, y me arrojò en la calle, diciendo, que no me acabava de marar, por no enfuziar su espada en mi vil sangre, donde a no llegar vuestra piedad, a esta hora estuviera, sino muerta, a lo menos en las manos de los que ya me deven de andar buscando.

Esta es, piadoso Don Garcia, mi

desdichada historia; agora es menester que me aconsejéis, que podrà hazer de si vna muger causa de tantos males? Por cierto, hermosa Hipolita (dixo Don Garcia, tan lastimado de verla bañada en lagrimas, como enamorado de su belleza) que estoy tan ayrado contra el ingrato Don Gaspar, quanto sentido de tus desdichas. Pluguiera a Dios que estuviera en mi mano el remediarlas; aunque pusiera en cambio mi vida: No puedo yo creer, que en Don Gaspar ay noble sangre, pues vsò consigo tal vileza; pues quando no mirava lo que te avia querido, y verte rendida en su poder, por muger pudiera guardarte mas cortesia; mas yo te prometo que èl no se quede sin castigo, pues el Cielo tiene cargo de tus venganças, como hizo la de Don Luis. Reposa agora, que quiero con tu licencia, y las señas de tu casa, ir a ella, y saber en que ha parado tu falta, y su muerte, luego tomaremos el mejor acuerdo. Agradecioselo la dama con los mayores encarecimientos que pudo, con lo que Don Garcia obligado, y en algo pagado de su amor, se fue a casa de D. Hipolita, por ver que avia de nuevo; y apenas llegó a ella, quando viò sacar a Don Pedro, que le llevavan preso, a titulo de matador de su hermano, cuyos indicios confirmava la puerta, que se hallò en el desvan, la daga que estava dentro de la bayna llena de sangre; y el dezir las criadas, que su señora era amada de Don

Luis,

Luis, diligencias que supo muy bien hazer la justficia, visitando la casa, y lo demàs; tomando su confesion a los criados, y criadas. De todas estas cosas, estava el pobre Cavallero tan inocente, como embelesado de ver la falta de su muger, que en faltar afsimismo las joyas, y el manto, y aver hallado abierta la puerta dava mas que sospechar, y asì sin dâr disculpa, ni razon, fue llevado a la carcel, dexando guardas en las casas, tanto del muerto, como del preso, sin perdonar de ningun modo los criados, y criadas, ni aun a sus padres de Doña Hipolita. Lleno de compasion el noble Don Garcia, de ver tal espectaculo, y encendido en colera, con intento de castigar la baxeza de Don Gaspar, a cuya vengança le dava fuerça el amor, que en Hipolita avia puesto, pareciendole, que con su vida pagaria el averla maltratado, y quitado sus joyas. Llegò a su posada, y preguntando por èl, le dixo la huespeda, que aquella misma mañana, se avia partido por la posta a Lisboa, donde le avia dicho su criada que iban, porque estava su padre muy malo.

Pues viendo, Don Garcia, el poco fruto que tenia su desseo; y que era fuerça poner cobro en aquella dama por su peligro, y el fuyo, si fuesse hallada en su poder, porque a esta hora ya se davan pregones, que a quien dixesse della, darian cien escudos, y en cuyo poder se hallasse, pena de muerte; por esto,

y mas por su amor, que la tenia tanto, que no se atrevian a fiarse de si mismo, tanto, que casi disculpava a Don Luis de su yerro, se fue a la roperia, y tomando vn gallardo, y rico vestido, y con el los demàs adherentes que eran menester, para que Doña Hipolita pudiesse salir de alli, lo llevò èl mismo, y sin querer fiarse de nadie, se bolviò a su posada, contando a la bella Hipolita lo que passava, y como se dezia, que querian dâr tormento a su marido: nuevas que sintiò tanto, que determinada, y loca se quiso ir a poner en poder de la justficia, para que por su ocasion no padeciesse el noble Don Pedro, y tantos inocentes criados: mas Don Garcia, reprobando su determinacion, la reportò, y haziendola vestir, y comer vn bocado, fue por vna silla, y en ella la llevò a vn Convento de Religiosas, pagando liberalmente quanto era menester, y estando alli le aconsejo, que negociasse la libertad de su marido, pues estava inocente: hizolo la dama, escribiendo vn papel al Presidente, en que dezia: que si queria saber el agressor de la muerte de Don Luis, viniesse a verla, que ella se lo diria. El Presidente, deseoso de saber caso semejante, como todos eran principales, y aun ella deuda suya, vino con otros señores del Consejo al Monasterio, à los quales contò Doña Hipolita todo lo que queda dicho, declarandose ella por matador de su aleve cuñado: y diziendo que su marido, y criados

estavan inocentes, y tambien los del muerto. Con esta relacion fue el Presidente a hablar a su Magestad, el qual viendo quan justamente se avia vengado D. Hipolita, la pordonò, y diò por libre; y assimismo a su marido, y todos los demàs presos, que antes de quatro dias se vieron en su libertad. Sola Doña Hipolita no quiso bolver con su marido, aunque èl lo pidió con hartos ruegos, diciendo; que honor con sospecha, no podia criar perfecto amor, ni conformes casados, no por la traicion de Don Luis, que essa, vengada por sus manos, estava bien satisfecha, sino por la voluntad de Don Gaspar, de quien su marido, entrè el sí, y el no, avia de vivir rezeloso. Lo que se le pidió, fueron sus alimentos, que el noble Don Pedro le concedió liberalmente. Este disgusto traxo al Pobre Cavallero a tanta tristeza, que sobreviniendole vna grande enfermedad, antes de vn año murio, dexando a su muger, y hija heredera de toda su hazienda, de quiè no se tenia por ofendido: antes el tiempo que vivió la visitava en todas ocasiones. Viendose D. Hipolita libre, moça, y rica, y en deuda a Don Garcia de averla amparado, visitado, y animado todo el tiempo que estuvo en el Convento, en el qual la regalava con muchissima puntualidad, y mas obligada del amor que sabia que la tenia, de que en el Convento le avia dado claras muestras, agrada-da de su talle, y satisfecha de su entendimiento, cierta de su nobleza, y

segura de que estimaria su persona, se casò con èl, haziendole señor de su belleza, y de su gruesa hazienda, que sola esta le faltava para ser en todo perfecto; pues aun que tenia vna moderada passadia, no era bastante para suplir las faltas, que siendo tan noble, era fuerza tuviesse. El qual, agradecido al Cielo, y querido de su hermosa D. Hipolita, vive oy con hijos, que han confirmado su voluntad, y atendido su generosa nobleza. Andando el tiempo, traxeron a Valladolid preso vn hombre por salteador, y este, estando yà al pie de la horca, confesò, que sin el delito porque moria, merecia aquel castigo, por aver muerto camino de Lisboa a su señor Don Gaspar, por quitarle gran cantidad de joyas, que èl avia quitado a vna dama, que se avia venido a valer del, contando el suceso de D. Hipolita en breves razones: Por donde se vino a conocer, que el Cielo diò a Don Gaspar el merecido castigo, por la mano de su mismo criado, que era este que se castigava.

Este suceso passò en nuestros tiempos, del qual he tenido noticia de los mismos a quiè sucedió, y yo me he animado a escribirle, para que cada vno mire lo que haze, pues al fin se paga todo.

Dio tanto gusto la maravilla referida por Don Miguel, que la celebraron con mil alabanzas, dándole las gracias con agradecidos encarecimientos. Y como Don Lope estuviesse satisfecho de que la su-

ya no daría menos gusto que la de su compañero, se empezó a preve-

nir para dezirla, la qual començò de esta suerte.

NOVELA OCTAVA.

El Imposible Vencido.

Salamanca, Ciudad nobilissima, y la mas bella, y amena, que en Castilla se conoce, donde la nobleza compite con la hermosura; las letras con las armas, y cada vna de por sí piensa aventajarse, y dexar atrás a quantas ay en España: fue madre, y progenitora de Don Rodrigo, y Doña Leonor, entrambos ricos, y nobles. Era Don Rodrigo segundo en su casa, culpa de la dicha, que quiso por esta parte quitarle los meritos, que por la gallardia, y discrecion tenia merecidos, y que por lo menos fuesse defecto que quitasse el emprender famossas empresas, pues lo era para el Doña Leonor, vnica, y sola en la casa de sus padres, y heredera de vn riquissimo Mayorazgo. Vivian vno frente-ro de otro, y tan amigos los vnos de los otros, que casi se hazia el amistad sangre, siendo la de los padres causa de que los hijos, desde sus mas tiernos años, se amassen, hasta que llegando a los de discrecion, cansado amor de las burlas, solicitò llevar plaça de veras (y hallò en esto a favor de su pala-

dar, quanto quiso, y pudo desear) porque los dos amantes avian nacido en la Estrella de Piramo, y Tisbe, por cuyo exemplo puesto en los ojos de sus padres de Doña Leonor, empezaron a remer, no el fin, sino el principio; y porque les parecia, que atajado este, no tendria lugar el otro, procurò esforvar en quanto les fue posible la comunicacion de Doña Leonor, y Don Rodrigo, pues por lo menos quitaron que no fuesse con llaneza que en la niñez. Y como amor, quando trata cosas de peso, èl mismo se recata, y rezela de sí mismo, empezaron estos dos amantes a rezelarse, hasta de sus mismos penlamientos, buscando para hablarse los lugares mas escondidos, tomando amor, de las niñerías, entera possession de las almas, y mas viendo el esfuerzo que les hazian sus padres, aumentando de tal suerte la voluntad, que ya no tratavan sino del efecto de su amor, y cumplimiento de sus deseos, determinandose los dos juntos, y cada vno de por sí, a morir primero, que dar passo

atrás

atrás en su voluntad. Las dadas facilitaron la fidelidad de los criados, y amor el modo de verse, supliendo tal vez los amorosos papales las ocasiones de hablarse, hablando en ellos con tanta llaneza, que sin recato el de la vergüenza, que siempre malogra muchos deseos, se declaraban los mas intimos pensamientos. Pues como a la hermosura de Doña Leonor, que cada dia iba en mayor aumento se le ofrecian a cada passo a Don Rodrigo mil competidores, que deseosos de su casamiento, se declaraban por sus pretendientes, temeroso de alguna vez no le quitassen a fuerza de merecimientos, la prenda que mas estimava, se determinò, fiado en los suyos, que aunque menor en su casa, eran muchos, de pedirfela a sus padres, poniendo por solicitos terceros, para ello, a los suyos, que satisfechos de su nobleza, y bienes de fortuna, con que demàs del mayorazgo, podian dár algunos a su hijo, se prometieron buen suceso; mas salioles tan al revès esta confianza, que llegando al fin del negocio, se vieron de todo punto defraudados della, porque los de Doña Leonor, respondieron, que su hija era vnica heredera de su casa, y que aunque Don Rodrigo merecia mucho, no era prenda para vn menor, y que esto solo hazia estorvo a sus deseos, los quales si el mayor no fuera casado, se lograran con mucho gusto de todos, demàs

que Doña Leonor estava prometida por muger a vn Cavallero de Valladolid, cuyo nombre era Don Alonso. Sintieron esto los padres de Don Rodrigo, pareciendoles agravio preferir a ninguno mas que a su hijo: y desto nació entre los deudos de vna parte, y otra vna grandissima enemistad, tanto que no se tratavan como primero. Quien mas lo sintió fue Don Rodrigo, tanto que perdía el juicio, haziendo tantos estremos como los de su amor le obligavan, y mas quando supo, que para acabar de todo punto este negocio, y que muriese el amor a fuerza de ausencia, trataron sus padres de embiarle a Flandes, haziendole trocar por esta ocasion los hábitos de Estudiante, en galas de soldado.

Inocente, y descuydada estava Doña Leonor deste suceso, que Don Rodrigo no le avia querido dár parte de su determinacion, porque no la estorvase, temiendo lo mismo que avia de responder su padre, por tener mas puesta la mira en la hacienda, que en su gusto, hasta que el mismo dia que D. Rodrigo tuvo la respuesta desgraciada de su infeliz pretension, y se determinò su partida, escribió a Doña Leonor vn papel, en que dava cuenta de la resolucion de sus padres, y de la brevedad de su viaje.

El sentimiento de Doña Leonor, con estas nuevas, que dè a la cons-

fideracion de los que saben que pena es dividirse dos que se quieren bien, y en lo q̄ mostró mas largamente caer en la cama de vna repentina enfermedad, q̄ puso a todos en cuidado; mas animandose vna mañana que le dió su madre (con aver salido fuera) lugar para escribir, respondió a su amante desta suerte:

La pena deste suceso, os dirà mi enfermedad; el remedio no le hallo; porque demàs de no aver en mi atrevimiento para dár a mi padre este disgusto, la brevedad de vuestra partida no dà lugar à nada. No perdais el animo, pues yo no le pierdo. Dad gusto a vuestros padres, que yo os prometo de no casarme en tres años aunque aventure en ello la vida, estos determino, para que alcanceis con vuestras valerosas hazañas, no los meritos para merecerme, que de estos estoy pagada, y contenta, si los bienes de fortuna, que es en solo lo que repara la codicia de mi padre. El Cielo os dè vida, para que yo vuelva a verlo, tan firme, y leal como siempre.

Leyò Don Rodrigo este papel, con tantos suspiros, y lagrimas, como Doña Leonor despreciò al escribirle, que fueron hartas, que llorar los hombres, quando los males no tienen remedio, no es flaqueza, sino valor, y así la tornò a suplicar en respuesta, que aliviándose algun tanto, diése orden que la viesse, para que por lo menos no llevase este dolor en tan largo destierro: Procurò Doña Leonor

dar gusto a su amante; y así engañando el mal, ò que fuesse amor quien hizo este milagro, a pesar de los Medicos, y de sus padres, se levantò el mismo dia que D. Rodrigo se avia de partir, y para que mas pudiesse gozarle, pidió a su madre que fuesen a oír Missa a vna Imagen que en esta ocasion se señalava en Salamanca con muchos milagros. Cumplióle este deseo la desdicha, que tal vez dexa que suceda algunas cosas bien, para que despues se sienta mas los males, y penas que continuamente vienen tras las alegrías. Aguardava D. Rodrigo el coche en que iba su dama con su madre cerca de la Iglesia, tan galan como triste, y tan ayroso como desdichado. Llegò el coche al lugar de la muerte (que tal se puede llamar este) pues avia de ser en el que se avian de apartar las almas de los cuerpos, siendo la despedida sola vna vista, y como Doña Leonor iba cò el cuidado, que es justo; luego amor le encaminò, la suya a dõde estava su dueño, guifado (como dicen) para partir con botas, y espuelas, de que recibió tanta alteracion, considerando que en el mismo instante que le via, le avia de perder, que en respuesta de la cortesía que Don Rodrigo le hizo, con vna cortès, y amorosa reverencia, le diò vn pesar harto grande, pues le recibió el amante, viendola caer en los brazos de su madre sin ningun sentido. La noble señora, inocente destos sucesos, por no aver-

verle dado su marido parte de las pretensiones de D. Rodrigo, dando la culpa al averse levantado, hizo que diese la buelta el coche para bolverse a casa: de suerte, que quando Doña Leonor bolvió de su desmayo; ya estava en su cama, y cercada de Medicos, y criadas, que con remedios procuravan darle la vida, que creian tener perdida.

Aunque D. Rodrigo tenia prevenida su partida, no le dió lugar amor para hazerla, dexando su sol eclipsado, y afsi la suspendió, hasta que por la esclava, tercera de su amor, supo como Doña Leonor mas aliviada de su mal, aunque no de su pena, estava reposando. Con cuyas nuevas se partió el mismo dia, quedádo la dama al combatir las persuaciones de su padre, que como discreto no ignorava de que podia proceder el mal, y disgusto con que siempre la via, teniendo el ausencia de Don Rodrigo por el autor de todo, mas no por esso dexava de prevenir lo necessario, para que quando Don Alonso viniese, no hallasse impedimento en su casamiento. Llegó Don Rodrigo a Flandes, y fue recibido del Duque de Alva, que a este tiempo governava aquellos Estados, có el gusto que podia tener vn Cavallero tan noble como Don Rodrigo, a quien desde luego començó a ocupar encargos, y officios convenientes a su persona, y calidad, sucediendo a cada passo ocasiones, en q̄ D. Rodrigo mostrava

su valor, y hazañas, de las quales el Duque satisfecho, y contento, cada dia le hazia mil honras, y favores, siendo su gala, y persona, discrecion, y nobleza, los ojos de toda la Ciudad. Succedió en este tiempo, que estando vn dia con el Duque de Alva, no solo Don Rodrigo, sino todos los mas nobles, y principales Cavalleros, y valerosos soldados del exercito, entró vna principal señora, Flamenca, y arrodillada a los pies del Duque le pidió q̄ oyese vn caso portentoso, y notable, q̄ venia a contarle. El Duque que conocia la nobleza, y calidad de D. Blanca, se levantó, y la recibió con aquella acostumbrada cortesia de quanto se preció, y era dotado: y haziendola sentar, la dixo: que dixesse el suceso que tanto encarecia. Entonces doña Blanca contó en presencia de los circunstantes, como desde a vn año muerto su marido, se oyó en su casa vn grandissimo ruido, que duró muchos dias, y que avria quatro meses que se via en ella vna fantasma, tan alta, y temerosa, que no tenia ella, y sus criados otro remedio mas, que en dando las onze de la noche (que es la hora en q̄ siempre se via) encerrarse en vn retrete, y aguardar alli hasta que dadas las doze se desaparecia, porque nunca jamás entrava en aquella parte donde ellas se retiravan. Acabó su platica, có pedirle q̄ mandasse hazer en este caso alguna diligencia. El Duque, que como sabio consideró, que si fuera fan-

talma como Doña Blanca dezia, no tuviera lugar separado, ni llaves, ni cerraduras que le impidieran el entrar a donde Doña Blanca se recogia, y discurriendo en estas imaginaciones vn poco, mandò a todos los que estavan alli, guarda en aquel caso secreto, y como en varias ocasiones tenia experiencia del valor, animo, y prudencia de Don Rodrigo, le mandò que asistiese a la casa de D. Blanca, y viesse que fantasma era aquella que la inquietava. Besò Don Rodrigo la mano al Duque por la merced que le hazia, en elegirle a èl para aquel caso, aviendo en la sala personas mas benemeritas, y de mas valor que èl, humildades que mas hazian luzir su valerosa condicion. Bolviòse D. Blanca a su casa, con orden que no dixesse en ella, que D. Rodrigo avia de ir a verse con aquella figura temerosa, que en ella se via; porque en esto le pareciò al Duque que consistia el saber que era. Vino la noche, y con mas espacio que el animoso Don Rodrigo quisiera, tal era el desco con que estava de ver el fin deste negocio, el qual se fue en casa de D. Blanca, bien armado, y prevenido, y despues de aver estado en conversacion hasta las diez, sin que en esto tiempo huviesse tratado de la causa a que iba, como viò que ya podia prevenirse, la habló a parte, informandose del modo que la fantasma venia, y despues de averla ordenado que llamasse vn criado de los que la servian, para que le acom-

pañasse, sin que el tal entendiesse para que era llamado. Concediò D. Blanca en todo, tan aficionada a la gallardia de Don Rodrigo, que bien le hiziera dueño de su persona, y de quanto tenia, diziendole tales razones, que casi se lo dava a entender. Viendo el criado, ignorante de todo, le ordenò D. Blanca, que previnieffe vna hacha, y creyendo que era para ir alumbrando aquel Cavallero, lo hizo, y como estuvo encendida, baxò D. Rodrigo con èl, y cerrò la puerta de la calle, guardando èl mismo las llaves. Buelto arriba, sin dexar vn punto el criado, ni darle lugar a que se apartasse del, le dixo a D. Blanca, que se fuesse a recoger con sus mugeres; la qual obedeciendo, se encerrò con ellas en el retrete acostumbrado, que estava consecutivo a la sala en que Don Rodrigo, con su compañía, quiso aguardar la fantasma. Todas estas cosas tenian admirado al criado de D. Blanca: y mas se admirò, quando Don Rodrigo juntandò la puerta de la sala, le mandò, que se sentasse, porque le avia de hazer compañía, de que quisiera escusarse, mas no tuvo remedio, antes con esto confirmò mas la sospecha de Don Rodrigo; si bien el moço disculpava su turbacion con su miedo; pero ya determinado en lo que avia de hazer, aguardò su buena, ò mala suerte. Tenia por orden de D. Rodrigo el hacha encendida en la mano, y como dieron las onze, se empezaron a oir vnos gran-

grandes, y espantosos golpes, y dár vnos temerosos gemidos, los quales se venian, encaminando adonde estavan, de cuyo temor el moço empecò a temblar. Don Rodrigo, que no era necio, con mas ciertas sospechas que nunca, le dixo, abraçando vn broquel, y defembaynando la espada. Gentil hombre, cuenta con la luz, que la fantasma conmigo lo ha de ver. A este tiempo, viendo entrar aquel'a figura, el moço fingiendo vn desmayo, se dexò caer en el suelo, con proposito de matar desta suerte la luz como despues se supo, mas no le sucediò tan bien, porque aunque la hacha cayò en el suelo, no se matò: lo qual visto por Don Rodrigo acudiò con mucha presteza a ella, y tomandola en la mano en que tenia la rodela, embistiò con la fantasma, que yà a este tiempo estava en medio de la sala, y de la estatura de vn hombre, que entrò por la puerta, se avia hecho tan alta, y disforme, que llegava al techo, y con vn baston que traia en las manos, del qual pendia cantidad de cadenas, dava golpes con que amedrantava a las inocentes, y flacas mugeres. Don Rodrigo, que con la luz, y su espada se avia llegado cerca, y pudo notar, que en las manos traia guantes, le tirò vn golpe a las piernas, que no fue menester mas para rendirle, porque como venia fundado sobre vnos palos muy altos, y este cimiento era falso, diò el edificio en tierra vna terrible caída, a cuyo golpe Doña

Blanca, y sus mugeres, que ya por el ruido se avian venido àzia la puerta, salieron fuera con vna vela encendida, porque la hacha que tenia Don Rodrigo se avia muerto con el ayre del golpe, el qual, acudiendo al caído, le hallò tan aturdido, y desmayado, que diò lugar a que se viesse quien era, porque en quitandole vnos liengos en que venia embuelto, fue conocido de Don Rodrigo, porque era vn Cavallero Flamenco su vezino, que enamorado della, desde que murió su marido la sollicitava, y perseguia, al qual la hermosa Doña Blanca avia despedido asperamente, por ser casado. Acudieron con agua, aplicandofela al rostro, para que bolviessse del desmayo: y buelto del, harto avergonzado del successo, viendo descubierta su marraña, le dixo Don Rodrigo: Que disfraz es esse, Señor Amesto, tan ageno de vuestra opinion, y trato? Ay, Señor Don Rodrigo (repliqò Amesto) si sabeis, que es amor, no os maravilleis desto que hago, sino de lo que dexo de hazer, y pues ya es fuerça que lo sepais, de este embeleco, y disfraz, como vos le aveis llamado, es la causa mi Señora Doña Blanca, a la qual me inclinò a amar mi desdicha, y como el ser yo casado, y ser ella quien es, estorva, y ataja mi ventura, harto de sollicitarla, y pretenderla, y de oír asperas palabras de su boca, me aconsejè con este criado, que està caído en el suelo, y entre los dos dimos esta traça, metiendome el

en su aposento desde primera noche, para que con el miedo de mis ahullidos, y golpes, se escondiesen estas criadas, y yo pudiesse aver a mi voluntad a la causa de mis desatinos, y aunque ha muchos dias que hago esta invencion sin fruto, toda via perseverè en ella, por ver si alguna vez la fortuna me dava mas lugar que hasta aqui he tenido. Esta noche vine, como las demàs, descuydado de hallar quien me descubriessè, que aunque este moço me avisava de todo, y lo hizo de que estavais aqui quando previno la hacha, como lo vi todo en silencio, crei que os aviais ido, y que todo estava seguro, porque aunque èl no bolvió al aposento, pensè que era ido a sus ocupaciones, como haze otras vezes, y assi me atrevi a perderme, como lo he hecho; pues descubierta este enredo, es fuerza que no tenga yo buen suceso. Mas piadoso, que admirado, escuchava Don Rodrigo, al apasionado Flamenco, disculpando su yerro con su amor, y al vno, y al otro la hermosura de D. Blanca; y a no ser casado el amante, hiziera todo su poder por conformar sus voluntades, y lograr su amor. Mas esto, y ser el delito tan grave, por ser el dueño tan noble le atajava todos sus disinios, y assi le dixo, que le tenia mucha lastima, por padecer sin remedio, como el ser quien era aquella señora, lo dezia; mas que ya no era tiempo de estas consideraciones, sino de ir delante del Duque, a darle quenta del ca-

so, pues que por su mandado avia venido a descubrirle. Esto sintió mas Amesto, que la misma muerte, y assi con buenas palabras advirtió a Don Rodrigo de su peligro, èl se escusò con dezir, que no podia hazer menos, mas que le dava su palabra de hazer quanto pudiesse por librarle. Con esto abriendo Don Rodrigo vna ventana, y sacando por ella vna hacha encendida, hizo señas a quatro amigos que tenia prevenidos, hombres de animo, y valor que visto la seña fueron todos a la puerta, la qual abierta por D. Rodrigo, cogiendo en medio a Amesto, y asiendo al criado de D. Blanca, se fueron al Palacio del Duque, que aun no estava acostado: el qual en sabiendo la venida de Don Rodrigo, salió a recibirle, y como le viesse tan acompañado al punto conociò la causa, y mas viendo al Flamenco, a quien conocia, y sabia que era vezino de D. Blanca, y como supo por entero el caso, contandole Don Rodrigo como avia pasado, coligiendo del delito, no ser merecedor de perdon, por querer vn hombre casado, con tal invencion forçar vna Señora tan principal, y noble como D. Blanca, sin admitir los ruegos de Don Rodrigo, y sus amigos, mandò poner en vna torre a Amesto, y en la carcel publica a su compañero donde estuvieron, hasta que sustanciando el processo, y verificando el delito con su confesion, y declaracion de las criadas de D. Blanca, y estando ella firme en pedir justicia,

cia , antes de ocho dias la hizieron de los dos , degollando al vno , y ahorcando al otro , justo premio de quien se atreve a deshonorar mugeres de tal valor , y nombre , como la hermosa D. Blanca : la qual quedò tan enamorada de Don Rodrigo , que por prevenciones que hazia para apartarle de su memoria , era imposible , hallandose cada dia mas enamorada . Era D. Blanca , demas de ser tan hermosa muy moça , muy principal , y de ricas partes , que ha no està D. Rodrigo tan prendado en Salamanca , pudiera muy bien estimar para casarse ; mas las memorias de D. Leonor , le tenia tan fuera de sí , que en lugar de vivir en su ausencia , aun era milagro tenerle , si bien por no parecer descortès , ni tan para poco , que viendose querer , estuviesse tímido , tibio , y desdenoso , procedia en la voluntad de D. Blanca , agradecido mas que amante : con lo qual la hermosa dama , vnas vezes favorecida , y otras despreciada , vivia vna vida triste : y yà alegre , porque las finezas de vn hombre , mas cortès que amante son penas del infierno a quien las padece sin remedio , que se sienten , y no se acaban . Visitavalo D. Rodrigo , vnas vezes obligado con ruegos , y regalos , que aunque regateava el recibirlos , muchas vezes los tomava por no parecer ingrato , sacando de deuda a su atrevimiento , con embiar otros de mas valor , y otras , por no dár motivo a quejas , y desesperaciones ,

que en vna muger despreciada , suelen ser de mucho sentimiento : Ay de ti , D. Blanca , que marmol conquistas , y con que enemigos peleas Amante prendado de otro hermosura quieres para ti ? Pues vndia en que Don Rodrigo fue a pagar las finezas que D. Blanca con el tenia , la hallò cantando este Romance , que a lo que en èl se vè , se avia hecho al particular de su amor , y de Don Rodrigo , de quien sin duda sospechava que amava en otra parte .

Oíd selvas mis desdichas,
si acaso sabeis de amor,
escuchad las sinrazones
de aqueste tirano Dios.

Vn tirano dueño adoro,
si bien en mi coraçon
tuve secreto este fuego,
por verguenza , y por temor.

Era el sugeto que amava,
tan sugeto à otra aficion:
que temí poner la mia
en contraria condicion.

Con solo amarle pagava
al alma lo que perdiò,
de gusto , reposo , y sueño,
amando sin galardon.

Plugniera al Cielo , que el alma
muda estuviere hasta oy,
que experimentar desdenes,
sirve de mayor dolor.

Declarème , selvas mias,
la voluntad se engañò,
pues he ganado tibiezas,
conquistado disfavor.

Satisfizo agradecido,
mas ay de mi ! que fingiò,

que si me amava de veras, no efluviera como estoy. Si adoras, tirano dueño à la divina Leonor, pedir favor, es pedir tinieblas al mismo Sol. Lloremos, selvas amigas, este mal logrado amor, estos zelos sin remedio, cantando con triste voz. Desdichado es amor, quando empieça cõ zelos su pasiõ.

Era la hermosa Doña Blanca hija de Español, y de Flamenca; y assi tenia la belleza de la madre, y el entendimiento, y gallardia del padre, hablando, demàs desto la lengua Española, como si fuera nacida en Castilla, y assi cantò con tanto donayre, y destreza que casi dexò a Don Rodrigo, rendido a queexas tan bien dichas; mas amor, que estava entonces de parte de la hermosa Leonor, mas que de la favorecida D. Blanca, quizá obligado de algunos sacrificios que la ausente dama le hazia, estorvò esta afiçion, que desde este dia se empeçava a entender desta manera. Avia en la Ciudad vn Cavallero Español, cuyo nombre era Don Beltran, tan igual en nobleza, y bienes de naturaleza a la hermosa D. Blanca, quanto corto en los de fortuna; aunque tenia vn muy buen entretenimiento, y alguna buena parte de hazienda, que sus padres que avian muerto en la misma tierra, le avian dexado. Mas era tan estimado, y tan bien recibido, q̃ quan-

do los animos ociosos tratavan de casar las damas moças de la Ciudad; de comun parecer empleavan a la hermosa D. Blanca en el galan Don Beltran, el qual la amava con tanto estremo, que casi perdia por ella el juizio. No mirava mal D. Blanca a Don Beltran, hasta que llegó a ver a D. Rodrigo, mas en el punto que amor cautivò su voluntad, olvidò de suerte a Don Beltran, que hasta su nombre aborrecia. Pues como anduviesse deseoso de saber la causa desta mudança, y las dadas puedan mas que la fidelidad de las criadas, por ser en guardar secreto poco fieles, supo de vna de las que la servian, como su dama queria a Don Rodrigo, y como èl correspondia con ella mas por cortesia que por voluntad. Y fiandose en esto, quiso llevarlo por valentias, y bravatas, hasta ver si por buenas razones le obligava, y esta nõche, al tiempo que Don Rodrigo salia de casa de D. Blanca, mas agradecido a su amor que otras vezes, se llegó a èl, y le suplicò le oyese dos palabras. Conociòle D. Rodrigo, porque los soldados yà que no sean todos amigos, se conocen vnos a otros, y con mucha cortesia le respondió, que su posada estava cerca, que si queria ir a ella, ò era negocio que requerira otro lugar. Vuestra posada es a proposito Señor D. Rodrigo (respondiò D. Beltran) que con los amigos no son menester estos lugares que pensais. Con cuya respuesta se fueron juntos a su posada de D. Rodrigo,

y entrando en ella, y sentados juntos, Don Beltran le dixo estas razones: Bien se, señor D. Rodrigo que sabeis amar, y que no ignorais las penas a que está sugeto vn corazón que no alcanza lo que desea, despues que con amar, servir, solicitar, y callar ha alcanzado meritos, para que sea fuya la prenda que estima, y así me escuchareis piadoso, y os lastimareis tierno de mis desdichas, que siendo vos, como sois, la causa dellas, espero, sino remedio, a lo menos favor para vencerlas. Yo señor Don Rodrigo, no os quiero cansar en contaros mi nobleza, pues con deziros que soy hijo de vno de los mas calificados Cavalleros de Guadalaxara, se dize todo: solo os digo que amè desde mis tiernos años a la hermosa Doña Blanca, pues aun antes que se casasse, la adorava. Fuy correspondido de su voluntad en todo aquello que vna principal señora, sin desdorar su opinion, pudo favorecerme, si bien no devia de ser amor con las veras que yo juzgava, pues en vna ausencia que hize a España a tratar mis acrecimientos, diò la mano a su difunto esposo con quien apenas vivió casada vn año. Muriò en fin, como amor vivia aun en medio de los agravios, viendo muerto al dueño de mi prenda, empezaron a alentarse mis esperanças, bolviendo a verme tan favorecido de mi dama, como primero, y quando pensè verme en su compañía, atado con el yugo del Matrimonio, se trocò su voluntad de

la suerte que sabeis pues la tiene puesta en vos desde el dia que venistes aquella fantasma, inventada para mi desdicha, de la qual yo triunfarè, quitandoos a vos, y al Duque de cuydado, si D. Blanca me diera de su tración parte. Aconsejávame mi colera, que quitasse de por medio vuestra persona, y lo hiziera, no porque me confieso mas animoso, y valiente que vos, mas porque vn cuydoso puede triunfar facilmente de vn descuydado, mas puse los ojos en mi señora D. Leonor, que segun he sabido, es, y ha de ser vuestra prenda; y así me determinè venir a pedir por su vida, pues la estimeis en tanto, tengais lastima de mis desdichas, y pues D. Blanca no ha de ser para vos, que sea para mi, haziendo cuenta, que con su belleza comprais vn esclavo, que lo serè mientras yo viviere. Con esto, y algunas lagrimas diò fin Don Beltran a sus razones, dexando no menos obligado que compasivo a Don Rodrigo, que como era diestro en amar hubo menester poco para enternecerse, y menos para creerle, y despues de darle a entender que quisiera querer mucho a D. Blanca, para hazer mas en darsela que entonces hazia; supuesto que jamás avia correspondido con su voluntad, sino con vna discreta afición, y prudente correspondencia, le ofreció hazer por él, quanto le fuesse posible; mas que le parecia, que D. Blanca estava en estado, segun se mostrava su aman-

te, que fino se yalian de algun engaño, sería por demás el reducir-la: y así quedaron de concierto, que Don Rodrigo prosiguiese con su amor con muestras de agradecimiento, hasta poner a Don Beltran en posesion de la cruel dama, como lo hizo, visitandola otro dia, hallandola muy vfana con los favores que la noche antes avia recibido. Don Rodrigo que si algun deseo avia tenido, viendose obligado de Don Beltran, con averse sujetado a pedirle remedio, se le avia olvidado, viendo a D. Blanca tan puesta en favorecerle, la suplicò, que essa noche le viesse sin tantos testigos, pues amor no los ha menester, y que se atrevia a pedirle este favor, primero que se casassen, porque no queria que el Duque imaginasse, ni supiesse que mientras durasse la guerra, èl mudava estado: Aceptò D. Blanca el partido, por no perder ocasion, y así le dixo que viniesse a las onze, hora en que sus criadas, y gente dormia, y que por feña, si era musico, cantasse alguna cosa, porque queria gozar de sus gracias, y que ella propia le abriera la puerta, para que mediante su palabra, tomando posesion, conociesse su amor. Pidiòle Don Rodrigo, despues de besarle muchas vezes las manos licencia, para que le acompañasse vn amigo, de quien se fiava, y a quien queria hazer testigo de su ventura. Concediò en todo D. Blanca, porque como ganava, a su parecer, vn tesorero,

desperdiçava a priessa favores. Despidiòse Don Rodrigo de su engañada dama, y fue a buscar a Don Beltran, para darle cuenta de lo que estava traçado, que le recibì con el gusto que tales nuevas le dan. Y así juntos; a la hora señalada, se fueron a donde la dama, ya recogida su gente, los aguardava en vn balcon. Entrados en la calle, empecò Don Beltran, haziendo alarde de vna divina voz de que era dotado la seña concertada, con vn laud, y este Romance.

Selvas, que fuistes testigos
de mis dichas algun tiempo,
quando yo fui mas dichoso,
y mas constante mi dueño.
Si alguna vez, por ventura,
os obligò mi deseo,
os adulò mi alabança,
y os alabaron mis versos.
Hazed vuestras hojas ojos,
para verme como buelvo
à obligaros con mi llanto,
à mil nuevos sentimientos.
Segunda vez selvas mias,
aqueste llanto os ofrezco,
para que aumenteys con èl
vuestros mansos arroyuelos.
Quiero à Laura, y no os espante,
que no diga que la quiero,
porque quisiera obligarla,
diziendo que la aborrezco.
Deprendi à tener amor,
amandola, porque fueron
verdaderas mis finezas,
y mis cuydados inmenfos.
Tratòme como sabeis,
que repetirlo no quiero,

mi estrella tuvo la culpa,
ò mi fineza, à lo menos.
Que à vn amor verdadero,
le siguen penas, y le matan zelos.

Estava ya D. Blanca tan olvidada de Don Beltran, que aunque avia oïdo otras vezes su voz, no le conociò, y creyendo ser el que cantava Don Rodrigo, baxò abrirle, y al entrar, le preguntò la dama, si entrava para ser su esposo. El galan, que no deseava otra cosa, le diò vn si con los brazos, y llamando al amigo que estava en la calle, vn poco apartado, prometìo serlo delante del, quedando con esto, segun las costumbres de Flandes, tan confirmado el matrimonio, como si estuvieran casados. Y con esta seguridad, creyendo que el que entrava era Don Rodrigo, le dexò D. Blanca gozar quanto quiso, y avia conquistado con tanta perseverancia, entreteniendo en esto alguna parte de la noche, que como donde estavan no avia luz, por mas seguridad, pudo D. Blanca engañarse, creyendo que el que estava con ella, era Don Rodrigo, y no Don Beltran; el qual pareciendole, que era descortesia tener tanto tiempo a su amigo en la calle, y viendo que casi queria amanecer, se despidiò de su esposa, y baxando juntos a la puerta, al ruido de la llave llegó Don Rodrigo, que viendo ser tiempo de descubrir su engaño, se diò a conocer a la dama, descubriendole quien era el que tenia por èl, suplicandole encarecidamente, per-

donasse su yerro, que las passiones de Don Beltran, y su crueldad con èl, le avian obligado a tal. Demàs que èl no se podia casar, sino con la hermosa Doña Leonor, a quien tenia hecho cedula de ser su esposo. Con harto sentimiento, y lagrimas, escuchò la hermosa D. Blanca el suceso, mas viendo que era sin remedio, se despidiò dellos pidiendo a Don Rodrigo, que pues avia sido el tercero de aquel engaño hablasse a sus deudos, y al Duque, para que con gusto de todos se hiziesse el casamiento con Don Beltran.

En este estado estava Don Rodrigo, negociando el bien de su nuevo amigo, en que se diò tan buena maña, que antes de tres dias los tenia ya desposados, con general gusto de todos, mientras D. Leonor en Salamanca passava vna vida bien triste, y sin consuelo, por ver, que no solo se avian passado los tres años puestos por concierto entre ella, y Don Rodrigo, sino que para llegar a los quatro, faltava bien poco, entreteniendo su amor con algunas cartas que de tarde en tarde recibia, y a sus padres con su poca edad, y menos salud (que a fuerza de tristezas, la tenia bien gastada) y ellos a su esposo, que ya estava vn mes avia en la Ciudad con las mismas escusas, no atreviendose a disgustar a su hija, que por no tener otra, la queria tiernissimamente. Pues vn dia que la hermosa dama, combatida de sus padres, apretada de su amor,

y desesperada desta ausencia, se hallasse sola en vn retrete no pensando que avia quien la escuchasse, soltando las corrientes de sus divinos ojos, empeçò a quejar se de su poca dicha, de la dilacion de Don Rodrigo, y de la violencia con que sus padres la queriã casar a su disgusto, en tregandola a vn hombre que aborrecia, y apartandola de otro en quien avia puesto toda su felicidad. Oyò su madre las tiernas quejas de D. Leonor, y conociendo la causa de no querer se casar su hija, determinò de remediarlo por el mejor medio que fuesse possible; y para mas assegurar se, essa misma noche, en sintiendola dormida, la cogiò las llaves de vn escritorio, y en èl hallò bastante defengaño con las cartas de Don Rodrigo, las quales despues de leidas, dexò como estavan, y tornando a cerrar, puso la llave a donde la avia hallado. Habló del caso a su padre, y viendo los dos, que persuadir la amando, era escusado, ordenaron entre los dos vna carta, poniendola en nõbre de vn criado que Don Rodrigo avia llevado, y ellos conocian; en que le avisava, como su señor se avia casado con vna señora Flamenca muy rica, y hermosa, cuyo dote avia venido a su proposito. Esta carta se diò a sus padres de D. Rodrigo, los quales aunque no la tuvieron por muy cierto, por no avisarle su hijo dello; con todo esto la divulgaron por la Ciudad, de suerte que como las nuevas en siendo malas, no se en-

cubren, llegaron à los oídos de Doña Leonor, que midiendo la inconstancia de los hombres, con su desdicha, y viendo que el tiempo que dezian avia q̄ se avia casado, era el mismo, poco mas, ò menos q̄ Don Rodrigo, no la escrivia, las creyò luego; y desesperada de remedio, quanto desçosa de vengança, pareciédole que no la podia tomar mayor de si misma, y de su amante, que cõ rendirse a vn tirano dueño, q̄ assi llamava al esposo q̄ sus padres le davan: si bien llorosa, y triste, en sabiendo su desdicha diò la mano a Don Alonso, celebrandose en Salamanca sus bodas. Quien viere a D. Leonor casada oy con diferente dueño del que sus pasiones prometian, parece que podrá culpar la inconstancia de las mugeres; pues avrà quien diga que no deviera creer se tan de ligero de la primera informacion, mas desta culpa la absuelve el aver pasado vn año mas del concierto. Pero lo que mas disculparà, y harà verdadero su amor, serà el suceso que del casamiento resultò. Y assi en tanto que goza a su disgusto los enfadosos regalos de su esposo, a quien aborrecia, aun antes de casarse, por que nõ tan solo en dandose la mano se arrepentiò, mas aun antes de averse la dado, de cuyo disgusto se dexò vencer de vna tan profunda malancolia que tenia, no solo a su marido, mas tambien enfadados a todos. Passela, pues creyò vn engaño tan grande, que yo me passo a

Flandes. Don Rodrigo inocente, y temeroso de este suceso, despues de ver a D. Blanca, y a Don Beltrán en possession de su amor, el galan mas enamorado, y la dama muy contenta, siguiendo muy valerosamente en su exercicio de la guerra, y teniendo el Duque en esta ocasion muy valerosos soldados en su compañía, y viendo ser Don Rodrigo de los que mas señaladamente se aventajavan en todas ocasiones, le honró con vna compañía de Cavallos, en cuyo exercicio hizo valerosas hazañas. Sucedió en este tiempo el señalado Saco de Amberes, tan solemnizado, y sabido de todos, y viendo Don Rodrigo, que a traer la nueva a la Católica, y prudente Magestad del Rey Don Felipe Segundo, avia de venir algun Cavallero, y considerando que esta ocasion era la misma que él siempre deseava, fiado en sus valerosos hechos, pidió por merced al Duque le honrase con este cargo. Concedióle el Duque esta petición, y mucho mas que pidiera, por conocer ser merecedor de mayores acrecentamientos, con lo qual mas contento que en su vida estuvo, se puso por la posta en España. Llegó a la Corte, dió las nuevas, y en albricias dellas, despues de averle hecho su Magestad mil honras, le hizo merced de vn Abito de Santiago, y quatro mil ducados de renta, y con todas estas grandezas, fenecida la ocasion de estar en la Corte, se fue a descansar a su patria, con intento de pe-

dir por esposa a su querida señora; ò en caso que se la negassen, mostrando la cedula, sacarla por el Vicario. Llegó a Salamanca, y despues de aver desengañado a sus padres de las falsas nuevas que de su casamiento avian tenido, con pedirles que de nuevo tornassen a tratar sus bodas con la bellissima Doña Leonor, y oído dellos vna respuesta tan cruel como la de averse casado, èl mas desesperado, triste, y confuso, que en su vida estuvo harto de lastimarse, y sentir tal desdicha, y cansado de atormentarse con imaginaciones, se salió de casa con intento de ablar a Doña Leonor, y en diziendole su sentimiento, culpando su poca lealtad, dar la buelta a Flandes, y morir sirviendo al Rey. Llegó a su casa a tiempo que estava la triste señora en vn balcon della, mas rendida que nunca a sus tristezas, y melancolicos pensamientos, porque demàs de verse casado como he dicho, por parecerle irritada de colera, que se vengava así de su ingrato dueño, y estos casamientos hechos con tales designios, siempre paran en aborrecimiento: era el marido zeloso, y no de mejor condicion que otro, y tras esto amigo de seguir sus apetitos, y desconfiados, sin perdonar, las damas, ni el juego, causas para que Doña Leonor le huviesse del todo aborrecido, y èl viendo su despego, no la tratava muy amorosamente; y estas cosas la traian sin gusto. Pues como Don Rodrigo la vió tan

triste,

triste, se parò muy turbado a mirarla, tanto que la dama tuvo lugar, bolviendo de su suspension, de reparar en aquel soldado, que tan galan, y cuydadoso la mirava, y conociendo a Don Rodrigo, dando vn grandissimo grito, se cayò de espaldas en el suelo, dando con el cuerpo vn grandissimo golpe, dexando a Don Rodrigo tan turbado, que le pesò mil vezes de averse puesto delante de sus ojos, por no darle tal pesar. Al ruido que hizo con la caída, acudieron su madre, y criados, y hallandola a su parecer, sin ningun sentido, creyendo ser algun desmayo, la llevaron a su cama, y desnudandola, la pusieron en ella, y con toda prissa embiaron criados, vnos a buscar a su Marido, y otras a traer los Medicos: y estos venidos, haziendole mil diligencias, y remedios sin provecho; yà con vnturas, y fomentos, yà con crueles garrotes, cansados de atormentarle, declararon que era muerta, nuevas bien rigurosas, no solo para su casa, sino para toda la Ciudad; que como se publicó su repentino fin, generalmente la llorava, sintiendo todos como propia suya la perdida de tan hermosa dama; pues si a los que no le tocava esta desdicha, la sentian, que seria a quien la tenia en el alma, que era Don Rodrigo? Que aũ no avia salido de la calle, esperando saber de algunos el suceso de tan cruel desmayo, de que le defendiãron presto los gritos que en casa de la dama se devan: mas que-

riendo mas por entero saber su desseo tan lastimoso, lo preguntò a vn criado que salia, que como le dixo que su señora se avia caido muerta, fue milagro no morir tambien. Recogiose a su casa luego que supo que por orden de los Medicos la guardavan treinta y seis horas, donde hazia, y dezia las lastimas que en tal caso se puede pensar.

Pasò el termino señalado: y visto q̄ era en vano aguardar mas, la llevaron a la Iglesia mayor, donde tenia su Capilla, y entierro, y poniendola en vna caja de terciopelo negro, como todos los de su linage, la metieron en la bobeda, que era vna hermosa sala debaxo de tierra, con vnos poyos donde ponian las caxas: tenia en la testera vn rico Altar de vn devoto Crucifixo, en el qual se dezian muchas Missas. Supo Don Rodrigo como su querida Leonor estava ya en la bobeda, y con las ansias amorosas, que le apretavan el coraçon; a penas fue de noche, quando se fue a la Iglesia, donde hallò al Sacristan, q̄ estava cerrado con llave la puerta de la bobeda, porque subia de encender las lamparas; y despues de muchos ruegos le diò vna cadena de valor de cien escudos; y pidiò que le dexasse ver a la hermosa D. Leonor: no fue muy dificultoso el alcançarlo del Sacristan, visto el interès a quien todo es facil; y así cerrando la Iglesia, se baxaron juntos a la funesta estancia, y descubriendo la caja, empecò el

aman-

amante Cavallero a abraçar el difunto cadaver , como si tuviera algun sentimiento , a quien bañado en lagrimas , empeçò a dezir: Quien pensara , querida Leonor, que quando avias de estar en mis braços , avia de ser a tiempo que no tuvieras alma , ni sentimiento para oirme? Ay de mi ! Y como has pagado bien el yerro que hiziste en casarte , siendo yo vivo. Cruel estuviste en hazerlo , mas mucho mas lo has estado en darme tan crecida venganza : vivieras , tu hermoso dueño mio , aunque fuera en poder ageno , que a mi me bastara sola tu vista para vivir alegre. Diciendo estas , y otras palabras de tanto sentimiento , que yà el Sacristan que le acompañava , le ayudava con muchas lagrimas , bolvió los ojos al Altar en que estava el devoto Crucifixo , y como , ni por amante , ni por desdichado perdiessse la devocion , se arrodillò delante del ; y despues de averle pedido perdon de aver en su presençia hablado con aquella difunta de aquella suerte , con vna devota , y fervorosa oracion , le pidió su vida , pues para darla a los muertos avia ofrecido la suya en la Cruz , proponiendole vna promessa de gran valor. O fuerça de la oracion , que tanto alcanças ! O piadoso Dios , que así oyes a los que de veras te llaman ! Pues apenas acabò Don Rodrigo de pedir con piadoso , y devoto afecto , quando fue oïdo con misericordia , por que sintiendo ruido en el atahud

en que estava Doña Leonor , bolvió la cabeça , y viò , que alçando la dama las manos , se las puso en el rostro con vn ay muy debilitado , a cuyo sentimiento acudiò D. Rodrigo , y el Sacristan , y vierõ , que aunque no avia abierto los ojos , empezava a cobrar aliento ; y así determinaron sacarla de alli , porque si bolviessse de todo punto , no se hallasse en tan temerosa parte : y con esto , dando Don Rodrigo gracias a Dios , cargò cõ el amable peso , mandando al Sacristan cerrasse la caxa como estava , y subiendo con èl a la Iglesia , le puso en vna alfombra , pidiendo al Sacristan que le fuesse por vn poco de vino , y vizcochos , para darle algun aliento , si bolviessse del todo. Fue el Sacristan , y apenas le viò Don Rodrigo fuera de la Iglesia , quando tomando en braços a su dama , se fue con ella a su casa , donde la quitò el habito en q̄ estava metida , y la acostò en su cama. Quando el Sacristan bolvió , y no hallò al Cavallero , ni la dama , y no conociessse el ladron del amoroso hurto , no hizo mas que cerrar la Iglesia , y subirse a su aposento con lo que pudo recoger de vestidos , y camisas ; y dexando las llaves colgadas de vn clavo , se fue en casa de vn amigo , donde estuvo retirado , hasta ver en que parava este suceso. Don Rodrigo muy contento , por ver que Doña Leonor iba cobrando apriesa con el calor la vida , la empeçò a llamar por su nombre , rociandole el rostro con vino , y aplicando-

le paños mojados; y lo mismo a las narizes, con que acabò de cobrar sentido. Y como abriendo los ojos viò a Don Rodrigo, sin q̄ otra persona estuvièsse a su cabecera, sino èl admirada de verse allí, como quien mejor sabia donde se avia vulto, como despues se dirà; le preguntò estrañando el lugar donde estava, porque hasta entonces no sabia donde avia estado: a lo qual Don Rodrigo satisfizo contandole lo que queda dicho, confirmando D. Leonor el milagro de aver buelto a este mundo, con lo que adelante se verà: Concertaron los amantes de irse otro dia a Ciudad Rodrigo, donde Don Rodrigo tenia deudos; y desde allí, facendo recados para sus amonestaciones, despofarse passados los terminos dellas: para lo qual antes de ponerlo por obra, consultò D. Rodrigo el caso con vn Teologo, el qual le dixo, que lo hiziesse, haziendo leer sus amonestaciones en Salamanca, teniendo por sin duda que Dios avia buelto a Doña Leonor a este mundo, para que cumplierse la primera palabra. Diò D. Rodrigo a entender a sus padres, que se iba a Ciudad Rodrigo, a divertirse con sus deudos, y con esta licencia, y su dama, se partiò essa noche misma, siendo la segunda de aver cobrado D. Leonor la vida; la qual avia cobrado el animo, mas no la color, que essa jamás bolvì a su rostro. En estando en Ciudad Rodrigo nuèstro Cavallero, embiò a sus padres vn proprio, pi-

diendoles que para cosas que importava a su quietud, se viniessen por ocho dias a aquella Ciudad, que venidos a ella, con lo que fabrician le disculparian de tal petició. Ellos, que ya otras vezes solian hazer este viage, quando iban aver a sus parientes, y holgarse con ellos se pusieron en vn coche, y se fueron aver con su hijo, que como entrassen en su posada, que era la casa de vna hermana de su madre, viuda muy rica; y viesse a Doña Leonor, no dando credito a sus ojos, le preguntaron quien fuesse, satisfaciendo Don Rodrigo a su pregunta, con dezirles lo que queda dicho; y todos juntos davan muy contentos gracias a Dios, que tantas mercedes les avia hecho. Sacaronse los recados para amonestarse, y embiaronlos a Salamanca al Cura de la Iglesia mayor, que era la Parroquia de todos, el qual aunque echò menos al Sacristan, como hallò la plata, y hornamentos de la Iglesia cabal, creyò que le huviesse sucedido algun caso, que le moviò a ausentarse, mas no se echò menos la dama. Sucediò que todas tres vezes que se leyeron las amonestaciones, estavan en la Iglesia sus padres, y marido de Doña Leonor; mas aunque oyeron el nombre de su hija, y los suyos mismos; estando seguros de que era muerta, y la avian enterrado, no cayeron en ello, creyendo que en vna Ciudad tan grande como en Salamanca, avria otro del mismo apellido, y nombre. Pues como